



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.191

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11-25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

MARTES 22 DE OCTUBRE DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil corso.—Co- rresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FÉNIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NÚM. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTIAS

Capital social efectivo.	Pesetas	12.000.000
Primas y reservas.		43.598.510
TOTAL.		55.598.510

32 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional se gura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1834, de su fundación, la suma de pesetas 59.159.891,43

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Sero y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rutas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Sero y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

Recolección

Presas para vias, moderno sistema. —Bombas Noel y otros sistemas para tra siegos. —Azufradores, catadores y demás osarios necesarios al viticultor. —Des- granadoras de panizo (6 fanegas por ho- ra). —Embudos automáticos. —Tijeras pa- ra vendimiar, poda, etc. —Arados de- vertedera. —Espinas artificial. —Pales, azadas, legones, todo acero. —Carrillos y waguetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Larbo.—Plaza de Castellini, 12

BILLAR

Calle Príncipe Vergara núm. 2, bajo Contiguo al Hotel de Roma Se alquila este espacioso salón con sus seis mesas. En la misma calle número 6 despacho, darán razón.

Al que es generoso.

Cándido Rubiales era el mozo más enamorado que crió mamá Naturaleza. Era también bastante moreno, algo bizco del izquierdo, con un lunar en el rostro, alto, delgado, etc., etc.

Era, además, el chico más avaro que ha visitado el globo terráqueo, y el ser más gomoso que ha tomado café en el de Fornos.

Ya von Vds. si era cosas Cándido Rubiales.

Declase de él, como de otros ton- tos, que su vanidad era inmensa, cosa clara á todas luces, puesto que siendo gomoso, naturalmente, habia de ser vane. Son estos dos adjeti- vos engarzados en una sola pieza.

Muchos dicen que en la misma pieza entran también en gran parte la estupidez y la necedad; pero no lo afirmo; únicamente me limito á creerlo.

Después de este exordio, les digo á Vds. que Cándido conoció en cierta ocasión á Mercedes Moreno.

Ahora, vamos con ella. Mercedes era una muchacha rubia y blanca, pese á su apellido, fresca como una ciruela claudia, coloradota como un fresón maduro, sana como una manzana sana y con dos niñas una en cada ojo, negras y grandes como dos granos de uva garnacha ca-

paces cada una de ellas de hacer perder á cien niños como Cándido.

Este, al ver á la frutal criatura, se quedó prendado de ella, y como prendido en el suelo.

La vió por primera vez paseando ante un restaurant. La joven se entretenia á la sazón devorando con sigilo y con apetito un pollo asado tan tostadido que al doncel le pareció de oro, y á ella seguramen- te, se le autojaría de diamantes.

En aquel momento el corazón de Rubiales dió un salto atroz; luego otro: parecia que aquel corazón hac- cia ensayos ante el trampolín de un circo. Esos saltos, indudablemente eran precursores de un amor des- enfrenado. Así lo vaticinó Cándido, y pidió un pitillo á un conocido y después lumbré á un transeunte; y ya iba á pedir un jarro de agua que apagara sus ardores á la portera más próxima, cuando notó que la bella satisfecho ya su apetito, se ponía en pie y llamaba al camare- ro, como quien va á pagar y á abandonar el sitio.

Tentaciones le dieron al mucha- cho de hincarse de hinojos ante el mozo, echar mano al portamonedas y... suplicarle que cobrase á la jo- ven lo menos posible y que no to- mase propina. Pero se contentó con penetrar en el restaurant frenéticamente y arrojarle con vehemen- cia sobre uno de los huesos, resto



del engullido pollo, guardándolo en

el fondo de su enamorado pecho, como recuerdo gratisimo y substan- cial.

¡Ah! Rubiales amaba ya á Mer- cedes.

Aquel hueso era para él un amu- leto que chupaba y rechupaba con fruición durante sus ratos de ocio, pues con este gran entretenimiento se mitigaban sus pesares.

Varias veces expió y acechó á la duña de sus pensamientos, ente- rándose por la portera de que era una chica muy recatada y de que habia sido doncella, encontrándose en aquella fecha desacomodá.

Por fin consiguió ponerse al ha- bia con ella. Pero ¡ay! era una Mer- cedes demasiado sencilla, y no se dejó convencer por los arrumacos y los juramentos de eterno amor del pollo; todo lo cual, al parecer, no la impresionó ni de la décima parte que el sabor de las tiernas carnes del otro, del pollo cuyo hue- so más grande conservaba. Rubia- les

—Merceditas de mi alma—la di- jo una tarde —yo la adoro á usted de una manera feróz. Mi amor es incommensurable, infinito.

—¡Qué atrocidad! Pues lo siento mayormente, porque, de veras, no es V. mi tipo.

—Por Dios, encanto mío; no diga usted eso. Yo soy tan tipo como el primero, y siempre he oido decir que soy un Apolo.

—¡Ay! No me hable V. de ese bribón.

—¿Sabe V. quién fue Apolo?

—¿Que si lo sé? Demasiado. Por cierto que el tal Polo era un perdis- ta de la clase de tahures, con un bigo- tazo grande él y hasta con voz de ternero, ¿verdad usted? ¡Ojalá no le hubiese conocido tanto...! Miuste que si yego á tratarle más tiempo se juega mi mobiliario, igual que se jugó mis ahorros y un perro chi- no, parecido á V., que me regaló un pastelero con quien estuve á punto de ir á la Vicaría. Y no fuimos por mor de algunas malas len- guas, ¿sabe usted? Pero fuimos á la prevención del distrito cuando el ofuscado, me señaló los dedos en salva sea la parte.



Vamos, aquella criatura angeli- cal era digna de inspirar amor á cualquiera. Qué pasión, al hablar, qué desenvoltura, qué sencillez, qué candor, y cómo conocía al na- tural la Mitología!

El desairado amador se retiró confuso y vencido, estirándose con

indecible rabia los puños de la ca- misa durante un buen rato, hasta que pensó que podrían deshitachar- se.

—Es menoster—se decía—mos- trarse espléndido, y lo será.

Y después de reflexionar durante dos días, al cuarto se presentó en casa de Mercedes, con media docena de pastelillos de crema. Pero después de hacer tan gran dispen- dio, sólo consiguió ver como lenta- mente se los comía la jóven uno á uno, sin siquiera dignarse darle las gracias, ni la mano, ni nada.

Tanto le contravió aquel golpe, que, furioso, se arrancó varios rizos de su elegante cabellera.

Sintió un dolor bastante fuerte; gritó, se miró al espejo y se condo- lió de la suerte de su cabello. Pero no hay mal que por bien no venga. Aquel arrancamiento le ahorrraba de ir á la peluquería.

Después volvió á meditar.

—¿Qué hacer?—exclamaba—Si la regalase otra vez una docena... docena y media...

De repente dióse en la frente una tremenda palmada que le vino al pobre como pedrada en ojo de boti- cario, porque se reventó un divieso que ya le llevaba gastados cinco céntimos en basilicón y pedía otro tanto con urgencia.

Aquel era día de desgracias úti- les.

—¡La gran idea!—vociferó.

Y corrió presuroso hasta llegar á una joyería en cuyo escaparate ha- bía alhajas de 2000 y hasta 10000 pesetas.

Allí compró una hermosísima pul- sara por catorce reales, projesa por él, casi de oro, y encargó á un amigo que la llevase á casa de su amada, sin decir de parte de quien iba.



—¿Qué efecto le causará?—se preguntaba—Quedará deslumbrada, onloquécida... Y cuando me pre- sente en su casa y la diga: Yo, he sido quien le ha hecho donación de esa gata... ¡ah!

No pudiendo resistir su impacien- cia, dos horas después se lanzó á la calle-vestido elegantemente con un trajecillo color canela, al que debía sus principales conquistas, retor- ciéndose las guías del bigote y an- sayando mil dulces frases.

Llegó por fin. Echó la última mi- rada á su reloj; tiró de la campani- lla una vez, después otra y lue- go ciento.

Al fin salió á la escalera la veci- na de enfrente.

—Pero, oiga usted, cacayero,— murmuró de mal talante,—¿es que no sabe usted tocar más instrumen- tos que la campanilla?

—¡Vaya! Si, señora. También manejo algo el violin y la pande- rota.

—¡Hola! ¿Viene V. á burlarse de mí?

—¡Ca! No señora. Vengo á ver á Merceditas.

—Pus ya qué usted esperar sen- tivo.

—Muchas gracias: no estoy can- sado.

—Es que Mercedes ha salido con su novio.

—¡Tenga esa lengua mal criada, señora viperina, ó al contrario. ¡Qué emoción! ¡Si no se lo que diga!

—Pus apenas si se trae usted co- sas de sainete, que digamos! Cuan- do yo digo una cosa...

—¿Pero quién es él?

—Un jóven no mal parecido y rumboso como el primero. Más de una hora ha estado rogándole que aceptase una pulsera y su amor. Y, ya se ve, como se ve, es de bron- ce...

—¿Qué ha de serlo, si vale un di- neral! Es de double; lo se dema- siado.

—¿Qué ha de saber usted! Ella es de carne y hueso, como usted y cómo yo, ¿estamos?

—Yo hablo de la otra.

—Del otro, ¿querrá usted decir.

—¡Justo! De la pulsera y del otro. ¿Qué ha sido de él?

—Pus toma, que la chica ha aceptado las dos cosas, su amor y la pulsera, como hubiera V. hecho en su caso, y los dos se han ido á las Ventas, á comer esas caracoles, en celebración del suceso.

El desdichado Rubiales estuvo á punto de feneecer del todo. Agarró- se fuertemente al cogote de aque- lla buena mujer, para no desplo- marse, y con acento desgarrador preguntó:



—¿Sabe V. como se llama el jo- ven del obsequio?

—Ya se ve que sí. ¿Quién no lo sabe á estas heras? Agapito.

—¡Cielos! El mismo... El amigo comisionado para hacer entrega del regalo comprado por mí para ella. ¡Y pensar que he unviendo una fuerte suma! ¡el único gusto fuerte que he hecho en toda mi vi- da! ¡Ay! ¡sea V. pródigo para esol

Julio Victor Tomey